

SIMPOSIO DIOS Y LOS ORÍGENES

UAM, MAYO 2010

PRESENTACIÓN

Al principio de su *Metafísica* afirma Aristóteles que “todos los hombres aspiran por naturaleza a conocer”. Por su parte, el físico Stephen Hawking comienza su último y reciente libro (en colaboración con Leonard Mlodinow) *El gran diseño* rememorando al estagirita: “... los humanos somos una especie marcada por la curiosidad”, y prosigue: “... ¿Cómo podemos comprender el mundo en que nos hallamos? ¿Cómo se comporta el universo? ¿Cuál es la naturaleza de la realidad? ¿De dónde viene todo lo que nos rodea? ¿Necesitó el universo un creador?”

Estas, y sobre todo las dos últimas, son las cuestiones que nos convocaron en mayo de 2010 cuando celebramos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid un simposio titulado “Dios y los orígenes. Una eterna tensión”, organizado por Enrique Alonso, Jorge Pérez de Tudela y quien esto firma, preocupados –o por mejor decir *apasionados*– los tres por las grandes cuestiones filosóficas (frente a aquellas que, aun si se resolvieran, su solución no interesaría a nadie, salvo a las dos o tres docenas de filósofos que se ocupan con ellas), con independencia de la disciplina académica de procedencia o la orientación. No puedo dejar de señalar asimismo la amistad, que ha sido esencial para sacar adelante un proyecto de este género.

El tema aglutinador de la reunión era la pregunta filosófica, o si se prefiere *metafísica*, por antonomasia: la pregunta por *los orígenes*, por el *arché*, tal como acaeció en la Hélade –y más concretamente en la costa jonia de Asia Menor– allá por el siglo VI antes de Cristo, sin miedo a plantear la versión más radical y leibniziana del interrogante: ¿por qué hay algo más bien que nada? Y así mismo las cuestiones anejas casi igual de

fundamentales: ¿por qué lo que hay es tal como es?; ¿es el universo producto de un designio, de una inteligencia, o del azar y de la necesidad?; ¿hay otros indicios de la realidad de Dios o argumentos que apunten a su existencia? En suma: ¿cómo, de dónde y por qué salió todo? Pero también estábamos abiertos a las cuestiones más lógicas o epistémicas, como: ¿hasta qué punto podemos inteligir, razonar conceptualmente, cuando se trata de estas cuestiones últimas?; ¿podemos *conocer* algo en este ámbito, o solamente *pensar*?

El título inicialmente propuesto, y luego desplazado –“¿creación de Dios?”– reflejaba tan bien, o acaso mejor, la intención académicamente plural del evento. Plural, porque fueron convocados lógicos, físicos y neurólogos, además de filósofos de muy distintas tendencias, procedentes de una decena de instituciones universitarias. Pero unificada en cuanto a la radicalidad de la cuestión que nos convocaba. Dado el estado actual de los conocimientos en las ciencias –muy especialmente en la cosmología– y en la filosofía, ¿es posible o incluso razonable concluir que Dios es el Creador del universo –o del multiverso o de cual fuere la realidad física? ¿O más bien es Dios una creación del cerebro humano? ¿Tienen algún valor las versiones más actuales del argumento ontológico, del cosmológico o del teleológico y, de tenerlo, cuál es? ¿Qué pueden aportar los matemáticos, los lógicos, los físicos o incluso otros científicos a estas cuestiones centrales de la metafísica?

De las dieciséis contribuciones presentadas aparecen aquí diez (las que no lo hacen es por estar ya previamente publicadas total o parcialmente). Las exposiciones suscitaron vivos, enjundiosos y acalorados debates, en muchos casos entre los propios científicos. Una buena parte de los asistentes, filósofos en su mayoría, contemplamos con asombro cómo los físicos discutían entre sí literalmente hasta la exasperación acerca del sentido de su propia disciplina, de si la física se reduce o no a la matemática, y de si el infinito es o puede ser una realidad física (o si, por el contrario, siempre que en las soluciones de una ecuación aparece el infinito como valor es un indicativo de que algo falla en la teoría, de que produce inconsistencias físicas) con un ardor frecuentemente asociado a las controversias religiosas.

Por lo demás, varias de las contribuciones, además de presentar un panorama más o menos amplio con respecto a las respuestas que se dan actualmente desde la disciplina y el enfoque del conferenciante a las preguntas de marras, aportaron una toma de posición personal, incluso arriesgada. En algunos casos podríamos decir que fue muy personal, *quasi* autobiográfico, el planteamiento mismo del tema. Pero siempre tratando el asunto con rigor y profundidad.

En todo caso sí quedó puesto de manifiesto que, pese a la indudable abundancia de academicismo y escolasticismo entre las distintas tradiciones, orientaciones o, si se quiere, “tribus” filosóficas, resultan cuando menos exageradas las palabras de Hawking que siguen al texto citado: “Tradicionalmente, éstas son cuestiones para la filosofía, pero la filosofía ha muerto. La filosofía no se ha mantenido al corriente de los desarrollos modernos de la ciencia, en particular de la física. Los científicos se han convertido en los portadores de la antorcha del descubrimiento en nuestra búsqueda del conocimiento”. Valga este simposio – y como muestra la selección de textos que aquí aparece– para desmentir la queja, o al menos para rebajar su grado, y mostrar que, si bien son los científicos quienes descubren los hechos, cuando se trata de hechos de gran generalidad o amplio alcance, en su explicación última, interpretación y valoración los filósofos tienen algo que aportar, y que el debate mutuo franco y abierto, con interés y respeto, puede resultar enriquecedor para todos.

Enrique Romerales